

## La cristología de los testigos de Jehová

Dicho así, suena muy rimbombante. La cristología es disciplina central en los estudios teológicos, ya que versa sobre Cristo, y los manuales que se emplean son ciertamente voluminosos, queriendo profundizar en la personalidad apasionante de Jesús de Nazaret, figura histórica del siglo I de nuestra era –que toma de él su nombre– y del que los cristianos decimos que es el mismo Dios encarnado. La cristología de los testigos de Jehová (TJ), sin embargo, es bastante pobre y deficiente. ¿Por qué sacar este tema ahora? Porque acabamos de celebrar la Semana Santa y, al igual que en otro artículo describí la conmemoración que los TJ hacen de la muerte de Jesús, ahora quiero aprovechar para profundizar un poco en lo que dicen de él, ya que le han dedicado un gran espacio en el número de su popular revista La Atalaya correspondiente al 1 de abril de 2011. Lo de “popular” es por su tirada (más de 42 millones de ejemplares en 188 idiomas, según dicen ellos mismos) y porque... ¿quién no ha tenido entre las manos alguna Atalaya?

En el ejemplar citado, que han dejado en muchísimas casas junto con la invitación a participar, el 17 de abril pasado (este año nuestro Domingo de Ramos), en su memoria anual de la muerte de Cristo, leemos en portada, junto a su rostro: “Jesús. Su origen, su vida, su muerte”. Y en esas tres partes divide el contenido del texto. Observamos, entre las cuestiones introductorias, que “Dios lo ungió, o eligió, para ocupar una posición especial”. También se afirma que es “uno de los personajes más influyentes de todos los tiempos”. En cuanto a su origen, se habla de su nacimiento en Belén y de las circunstancias del tiempo, según los textos bíblicos, pero se va más allá para comprobar su verdadero origen, más allá de la historia de la humanidad, y leemos entonces: “Jesús, el Hijo primogénito de Dios, fue un ser espiritual que vivió en el cielo antes de nacer como hombre en la Tierra”, y que “fue Jehová quien hizo aquel milagro por medio de su espíritu santo”.

Aquí está, dicho casi de pasada, el meollo de la cuestión doctrinal. Uno lo lee deprisa y no se da cuenta. ¡Claro, en eso consiste! Una segunda lectura nos hace reparar en varias cosas: este hombre con una “posición especial”, tan importante en la historia, tiene su origen en el mismo Dios, del que es Hijo... pero no se dice nada de su naturaleza divina. Es más, la sospecha aumenta al ver “espíritu santo” escrito así, sin mayúscula alguna. La respuesta, para los que conocemos bien las doctrinas de los TJ, es sencilla: ni hay Trinidad ni, en consecuencia, Jesús es el Verbo encarnado de Dios. Y el Espíritu Santo queda relegado a ser una mera energía o acción del Todopoderoso, sin entidad personal. Más adelante leemos que “vivió con Dios en el cielo más tiempo que ningún otro ser espiritual”, lo que lo pone en la fila de los ángeles. Más importante cuantitativamente (como primogénito, anterior al resto de seres espirituales), pero no cualitativamente (siendo creado, no engendrado). También lo llaman “un hombre perfecto”. En otros lugares de la literatura jehovista lo hemos podido ver identificado con el arcángel Miguel.

Veamos el segundo capítulo de la revista. Sobre la vida de Jesús, se dice correctamente que su centro era hacer la voluntad del Padre, cumplir su misión, haciendo presente el Reino de Dios entre los hombres. Eso sí, con la interpretación propia de los TJ, que subrayan el carácter terreno del Reino que vendrá “pronto”, con un gobierno celestial que ya están deseando, porque “sin duda, vivir en la Tierra bajo el gobierno de un rey tan extraordinario será una experiencia maravillosa”. Aquí enlazan su cristología con la escatología (doctrina de las cosas últimas, lo que nos espera al final), algo normal en el discurso teológico, y más en el caso de la secta, que está determinada fuertemente, como sabemos todos, por la espera del fin inminente.

Y llega el tercer apartado, sobre la muerte de Cristo. ¿Por qué tuvo que padecer la muerte de la forma en que lo hizo? Explican la conciencia que tenía de su posible muerte, el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento y el valor expiatorio del sacrificio en el madero (esto último, por la manía obsesiva que tienen contra la cruz, que niegan que fuera usada para la condena a Jesús, y por ello recurren a circunloquios como “instrumento de tortura”). En este lugar no encontramos cosas que llamen demasiado la atención. Además, no hablan de la resurrección, algo que sería problemático, ya que niegan la resurrección corporal de Cristo (el aparecido a los discípulos no sería más que un espíritu materializado, y Dios habría “retirado” del sepulcro el cuerpo del Señor para ayudar a la fe, y este cuerpo santo estaría preservado en algún lugar para ser expuesto en el reinado milenar al final de los tiempos).

Lo más importante y lo que determina todo lo demás es, como hemos podido observar, la cuestión sobre la identidad de Jesús: quién es y de dónde viene. De hecho, en el proceso de elaboración del canon de la fe cristiana, desarrollado en los primeros siglos de la Iglesia –la comunidad continuadora de la vida y misión de Jesús–, este tema fue central y determinante, frente a las corrientes heréticas que proponían a un Cristo ajeno al personaje real que conocieron los testigos oculares, los que comieron y bebieron con él, antes y después de la experiencia de su resurrección. El símbolo (credo) derivado de los importantes concilios de Nicea y Constantinopla lo desarrolla de una forma quizás no muy familiar para los creyentes actuales, pero que responde a una sociedad, a una cultura y, sobre todo, a unas herejías propias de un tiempo: “Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho. Que por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre”, y la continuación que conocemos bien, y que se sigue recitando cada domingo en muchas comunidades cristianas.

La cristología de los TJ rechaza frontalmente esto, porque no acepta el “escándalo” de la encarnación, del misterio de un Dios que se hace hombre. Entonces celebra estos días la muerte y la resurrección de Jesús, pero están hablando de un hombre excepcional que existía antes de nosotros como el más excelso de los ángeles. Nada más. Y esto no es nuevo. No se trata de un invento de los norteamericanos que en el siglo XIX dieron origen a una de las sectas más importantes en el mundo actual. Ya en el siglo IV un sacerdote alejandrino fue portavoz de esta corriente doctrinal que negaba la divinidad de Cristo, e influyó notablemente no sólo en la Iglesia cristiana, sino también en todo Occidente. Se llamaba Arrio, y el arrianismo fue un elemento determinante para la evolución del dogma y para el transcurso de la historia. Historia que vemos que se repite, como en otros medios importantes (no olvidemos al islam y su consideración de Jesús como un gran profeta sin carácter divino).

En cuanto a Jesús, dicen los TJ, “la Biblia es la única fuente que nos dice la verdad sobre su origen, su vida y su muerte”. ¿La única? Si es interpretada de forma fundamentalista y parcial como hacen ellos, puede salir ese resultado. Leída en el contexto de la comunidad receptora de la memoria de Cristo –la misma que ha escrito, inspirada, los textos considerados sagrados– no nos ofrece una cristología pobre y deficiente, sino una “alta cristología” que lo confiesa como Salvador, Señor y Dios. Desde los orígenes de la fe, los mártires cristianos entregaron su vida confesando a Jesús como Dios. Ésta sí es la historia de los seguidores de Jesús, el Verbo encarnado del Dios trinitario revelado en la Biblia.

**P. Luis Santamaría**

*miércoles, 20 de abril de 2011* <http://www.enacciondigital.com/Articulos.aspx?id=2269>